

I

El general lee *La sombra del caudillo*



Un muchacho camina. Apenas un chamaco, se esconde entre los matorrales, detrás de los escasos árboles. Uno tras otro, enjutos, proyectan su sombra larguísima en la tierra ardiente. No fue buena idea salir al alba, pero temía por su vida. Ahora teme por su sombra, por eso se oculta al llegar a cada árbol, para que la sombra, que lo persigue, desaparezca. Dos horas atrás confundió a un espantapájaros con un jornalero y estuvo a punto de orinarse en los pantalones. Tardó unos instantes en percatarse de la confusión y luego anduvo más aprisa, sudoroso y jadeante, jugando a escapar de su sombra hasta que el sonido lejano de un riachuelo lo desvió de su camino. Bebió agua tan deprisa que el abdomen comenzó a dolerle y solo entonces, contrito por el dolor, se permitió descansar, sentarse en la tierra, poner una pausa en su huida. Ha reanudado la marcha, sin darse cuenta de su propio cansancio. No es la primera vez que tiene que salir así de Jiquilpan, por piernas. Esta vez, sin embargo, cree que su destino será el pelotón de fusilamiento. Se ve ya con los ojos vendados, cayendo al polvo, gris, frente a un muro apenas cubierto con cal. Pero no es eso lo que se había imaginado para sí tiempo atrás cuando escribió en su diario casi infantil, como si otra mano detrás de la suya dictara las palabras:

Creo que para algo nací. Para algo he de ser. Vivo siempre fijo en la idea de que he de conquistar fama. ¿De qué modo? No lo sé. Soñaba una noche que andaba por las montañas con una numerosa tropa libertando a la patria del yugo que la oprimía. ¿Acaso se realizará esto?

Puede ser. De escribiente jamás lo lograré, pues en este puesto no se presentan hechos de admiración. ¿De qué pues lograré esta fama que tanto sueño? Tan solo de libertador de la patria. El tiempo me lo dirá.

El tiempo atina solo a decirle que quizá morirá antes de alcanzar fama alguna. Si sus escasas dotes de escribiente le consiguieron entrar a la Revolución, ahora todo parece estar llegando a su fin. Para él y para el país que soñaba liberar en ese apunte de junio de 1912. Desde muy pequeño ha sentido que solo lo que queda escrito ha tenido lugar, por eso lleva ese diario donde registra de un plumazo lo que le va ocurriendo, como un notario o un contable. No es momento, sin embargo, de escribir nada. ¿Logrará huir de sus perseguidores? Esa es la única pregunta que lo mueve en el momento en el que se levanta del suelo, con la sed saciada, y piensa por vez primera con la cabeza fría hacia dónde debe dirigir sus pasos para salir bien librado de esta nueva fuga.

A lo lejos el fuego. Se percata de ello por los intensos nubarrones de humo. Por la lejanía seguramente se trata de la hacienda de Guaracha, cerca de Jiquilpan. ¿Estarán los federales quemándolo todo? Piensa entonces que lo mismo puede ocurrir con la casa de su madre, con sus hermanas dentro. Lo curioso del fuego, tan lejos, es que no huele, pero igual asusta. Una hilera de huizaches, pródiga, vuelve a esconder su sombra delatora. En aquella primera escapada, al día siguiente estaba en el rancho de su tío, La Concha. Así le dice su madre, el rancho de su tío, pero no es suyo, él solo lo administra. Ha trabajado desde la muerte de su padre, primero como meritorio en la oficina de pagos del ayuntamiento y luego como aprendiz de impresor. Se hizo socio del lugar cuando el dueño tuvo que venderlo y allí imprimió una proclama revolucionaria que él mismo —hace tanto y hace tan poco— llevó a Guaracha. Pero la guerra tiene sus reveses y los alzados fueron vencidos y él huyó en aquella ocasión, diciéndole a su madre que se iba con su tío para alistarse con las fuerzas del general García Aragón. El revolucionario lo tomó a sus órdenes como secretario porque el suyo propio había ido a hacer unas diligencias a la Ciudad de México y le gustó su letra izquierdilla; le dio grado de capitán. Para poder alistarse con los *bandidos* tuvo que mentirle a su madre, Felicitas, y

escaparse de su tío. Lo prendieron en Jiquilpan, pero logró fugarse saltando bardas con la complicidad de dos amigos: los hermanos Medina. Esta zona es huertista y lo pueden prender y fusilar. ¡Cuánto miedo da tener miedo!

Hace tiempo que los recuerdos le vienen así, sin decir agua va. Está sentado leyendo el periódico y le aparece una escena de su juventud, completa. Puede oler, puede oír y hasta sentir cada imagen de su memoria. Percibe la hierba, el olor a mojado de la tierra, como si el tiempo no hubiese pasado. Pero ya son muchos años desde que aquel muchacho de diecisiete saliera a pelear la Revolución. Pudo escapar en aquella vez y se fue para Guadalajara donde ya había estado pero de incógnito, como acomodador de botellas en una cantina, La Perla. No se iba a seguir escondiendo, al contrario. Con su rango de capitán segundo se iba a alistar. Algo de la aventura le picaba con su comezón de incertidumbre. ¿O sería la cercanía de la muerte? Dos meses después de haberse ido con los *bandidos* de García Aragón aprendió el sabor de la derrota militar. Un general huertista de singular nombre, Rodrigo Paliza, casi acaba con su batallón y él tuvo que salir pitando en las ancas de un caballo. La guerra enseña a punta de madrazos y de heridas si se tiene la suerte de salir vivo. Uno de los lugartenientes de su general García Aragón, Zúñiga, lo toma de nuevo. No le gustaban sus formas. Aún tiene presente cuando iba a fusilar a un cura y fue preguntado por la causa del castigo: «Por bonito y por cabrón», se limitó a sentenciar. En la guerra hay también muchas injusticias, quizá porque no hay tiempo para pensar o quizá porque las batallas sacan también lo peor de los hombres. El muchacho asustadizo que huía de su tierra había aprendido, y rápido. Para el 8 de julio de 1914 ya está bajo las órdenes de Lucio Blanco y comanda el 22º Regimiento de la división de caballería del Ejército del Noreste. Se bate contra las fuerzas de José María Mier en Atequiza. Luego se va con las fuerzas obregonistas a la Ciudad de México, encargado de contener a los zapatistas. Lo nombran mayor pero se queda huérfano. Lo piensa ahora que pasa revista a esos años de formación: nunca tuvo padre. Desde la muerte de don Dámaso él hizo las veces de papá de sus hermanos y se encargó de llevar dinero a la casa —magro esfuerzo que su madre paliaba cosiendo ajeno—. A Eugenio Zúñiga se lo matan

a puñaladas de marrazos por un pleito absurdo y a su general Guillermo García Aragón, con su hermosa barba de candado, lo ajustician por órdenes de Zapata en la Escuela de Tiro. Vienen otros oficiales a dar órdenes, pero ya no es lo mismo. Además el río anda muy revuelto y sus superiores se incorporan al ejército de Maytorena. No le gusta nada Villa —le parece impulsivo, casi animal— y decide pasarse con todos los elementos de guerra al bando carrancista que ha roto con la Convención de Aguascalientes.

Así, sin padre, llega a Agua Prieta. Dos años ha estado metido en la contienda. Es un 28 de marzo. Lo ha apuntado, como siempre, en su diario. El general Calles le da la mano y lo recibe con cariño. Allí están Francisco Serrano y Adolfo de la Huerta. Lo mandan a combatir a Anivácachi y al mando de medio millar de hombres gana la batalla y desplaza al enemigo. Toma Naco y prohíbe el alcohol. Calles le regala su caballo. Es todo valentía, todo bravura. Algo nuevo ha nacido en él con el triunfo militar. En Santa Bárbara resiste el ataque de ochocientos hombres. Tres días de balas y sin víveres. Lo nombran coronel. «Se lo merece, chamaco», le dice Calles y le encarga el primer sector en la defensa de Agua Prieta. El 6 de noviembre, después de haber conseguido hacerse de un cañoncito dejado por los villistas, conoce a Álvaro Obregón. Calles lo presenta como un jefe muy bravo. Pide permiso para ir a ver a su madre enferma en Jiquilpan. Regresa a su pueblo como un héroe, ya no como un forajido. Felicitas está rezando el rosario cuando él llega. Se la lleva a Guadalajara para que la atiendan y se trae consigo a sus hermanos como parte de su Estado Mayor. Se está en Sonora, junto a Calles, pero lo manda a combatir a Villa. Le hubiese gustado tanto quedarse a ver cómo la Revolución, cuando no es lucha a muerte, sirve para algo; su nuevo jefe está empeñado en reformarlo todo. El Centauro del Norte, como se hace llamar, ha tomado Columbus en Estados Unidos y luego se ha vuelto a esconder en la sierra de Chihuahua.

Cuando por fin le es dado regresar a Michoacán para combatir a Jesús Cíntora, a José Altamirano y a Inés Chávez García, esos sí verdaderos bandidos que tienen asolada a su tierra, pasa a Guadalajara a saludar a su madre. Está agonizando. Muere al día siguiente. Su hermana Angelina la cuidaba, a ella y a Alicia. Porque ha tenido

una hija con una mujer en el norte y se la ha traído un año antes con su familia, para que la eduquen. Ahora la niña se ha quedado sin abuela y él sin madre. Apenas tuvo aliento para esperar su llegada, escribe desesperado en el diario esa tarde. Con su precisión notarial apunta: «Mi madre murió el 21 de junio de 1918, en la ciudad de Guadalajara, en la casa no. 70 de la calle Morelos», como si esos datos borrarán la tristeza. Dos meses estuvo muriéndose y él sin poder ir a verla, mientras le hacía campaña a Villa y Maytorena. Ha detenido a su Columna Expedicionaria de Sonora en Guadalajara para verla morir y enterrarla. Felicitas logra aconsejarle: «Cuida de tu chiquita Alicia».

En la Huasteca permanece como jefe de Operaciones Militares. La Revolución lo ha curtido. Se suma al Plan de Agua Prieta y desconoce a Carranza. Es 20 de mayo de 1920 y la columna del viejo presidente pasará por su zona. Siente que debe capturar al presidente. El Espinal se ha salido de cauce y no puede cruzarlo por dos días. Carranza ha muerto y Calles le pide que escolte al general Herrera a la Ciudad de México para que rinda cuentas por lo ocurrido en Tlaxcalantongo. Tiene veinticinco años y ya es general brigadier. Han pasado ocho años de guerra y está harto de las balas. Quisiera regresar a Jiquilpan e iniciar un negocio. Licenciarse del ejército. La vida tiene otros planes para él, quizá porque la vida no es muy seria en sus cosas. Lo nombran gobernador interino y jefe de Operaciones Militares en Michoacán. Una tarde, saliendo de una cantina, se le acerca el general Francisco J. Múgica, que contienda a la gubernatura. Lo increpa: «Usted representa a la Revolución, no me explico cómo es posible que venga a beber y ande de parranda». Está a punto de pegarle al chaparrito, pero recapacita. La ira se convierte en pena y atina a pronunciar una disculpa. No volverá a beber, aunque sigan otros años de anarquía amorosa y vengan otras varias mujeres como la madre de Alicia. Le quedan ciertos vicios.

En 1922 salva la vida de Múgica, a quien Obregón crípticamente había pedido eliminar: «Suyo de hoy —le llega el telegrama de Obregón al tren—, enterado que el general Francisco J. Múgica fue muerto al pretender ser libertado por sus captores». Mejor aparentar que nunca se leyó la misiva, dejarlo escapar. Todos luchan contra todos. ¿Es ese el destino de cualquier revolución? Se matan entre sí,

con ansia de poder. Eliminar contendientes es una especie de deporte. En 1923, «Granito de Oro Buelna», sin embargo, le enseña que entre los enemigos hay también hombres de ley. El 26 de diciembre se batió con él en Huejotitán. Dos mil hombres en cada bando: Buelna por los delahuertistas, él a las órdenes de Obregón. La necesidad. La bravura sin razón. No lo sabe. Solo que no le hizo caso al general Paulino Navarro de tocar parlamento. Navarro murió y él resultó herido de gravedad. Buelna lo mandó a un hospital de Guadalajara, medio desangrado. Las mujeres devotas de su pueblo organizan rezos y rogativas públicas para que resucite, haciendo honor a su nombre. Y no al tercer día, pero pudo levantarse para seguir peleando, de nuevo en las Huastecas y el Istmo a causa de la nueva Ley de Petr6leo de su maestro Calles. Porque la vida no es muy seria en sus cosas, ya lo decíamos, la suerte le lleva al mismo sitio donde ahora reside, Tuxpan, a Múgica. Vendrán los años de lecturas —el general y Luis Cabrera están allí porque han conseguido una pequeña concesión petrolera—. Su jefe de Estado Mayor, Manuel Ávila Camacho, también se incorpora a la tertulia y lleva otros libros sobre la Revolución francesa, que admira. Son meses de discusión y de planes. Él no tolera más muertes y rupturas. ¿Cuándo terminará la guerra y se construirá país? Es ya general de división. Siempre se referirá a esos meses como los de «Tuxpan de los ideales».

Esas preguntas la vida te hace contestarlas con encomiendas precisas. Se convierte en gobernador de Michoacán. Va y viene de ese cargo a otros para los que pide licencia —el recién formado partido, la Secretaría de Gobernación con Ortiz Rubio, a quien llaman sus malquerientes «Nopalito», por baboso—, intenta hacer como su general Calles en Sonora —y en sus primeros dos años con el país—: *reformarlo* todo. Para eso se tiene el poder, es lo único que lo hace legítimo, piensa. Le toca seguir en pie de guerra, combatiendo escobaristas. Pero cuando vuelve a Michoacán supervisa las obras que ha encomendado al hermano, Dámaso. Lo enorgullece la creación de su Confederación Michoacana del Trabajo. Le place ir derrotando *cristeros* sin derramar más sangre. Repartir tierras. ¡Para qué la Constitución del 17 si no para cumplirse! Y llega allí el amor, también. Una joven de Tacámbaro, Amalia Solórzano, a quien conoció en 1928 cuando estaba de gira para la gubernatura. Quería casarse

con ella antes de tomar posesión, pero la familia lo impidió. Se la llevaron a Puebla y luego a la Ciudad de México con las monjas. Medio a escondidas fueron novios cuatro años y meses. El tiempo que duró la gubernatura, con sus idas y venidas. La iba a ver a caballo a su rancho El Ciprés cuando regresaba de vacaciones y hasta al Colegio Tacuba en la Ciudad de México, cuando estaba en clases. Las monjas nunca la dejaban a solas con él. Todos los días le escribía una carta, sin faltar.

Es un tiempo horrible, y es una gran época, no se la perdería por nada del mundo. Eso piensa el general al doblar el periódico que ha leído mientras el chofer, un cabo, lo conduce en el Packard a su casa en Pátzcuaro, que llama Quinta Eréndira. Demasiados años han pasado y el aún intenta recordar las palabras que le dijo su madre al despedirse de él, cuando decidió irse a la Revolución. Ha cambiado dentro de su cabeza la frase tantas veces que ha terminado por no creérsela. Con recelo, al apearse del auto, ve llegar a su memoria la dulce voz que le murmura al oído, mientras lo persigna: «Lázaro, tú no seas como ellos». ¿Lo ha logrado? Ha estado leyendo *La sombra del caudillo*, le han traído de España un ejemplar de la novela. Aunque no diga nombres es claro que el autor habla del asesinato de Francisco Serrano y los suyos en Huitzilac. Es atroz. Porque atroz ha sido la lucha encarnizada que lleva ya veintidós años desde que se iniciara la Revolución. Es absurdo seguirse matando. ¿Cuántos que han roto con el caudillo de carne y hueso, no el de la novela, han podido seguir vivos? Adolfo de la Huerta, a quien tanto estima, da clases de música en Texas. Cientos viven, como Luis Guzmán, en el exilio por su ideas. Eso no es paz. «O nosotros le madrugamos bien al caudillo o el caudillo nos madruga a nosotros; en estos casos triunfan siempre los de la iniciativa. El que primero dispara, primero mata. La política de México, política de pistola, solo conjuga un verbo: madrugar.» Ha subrayado esa frase, tan cierta y tan terrible. A él mismo le ha tocado aplacar a varios *madrugadores* por órdenes del caudillo. ¿Hasta cuándo será posible vivir felices todas las patrias?

Le han traído el periódico de la capital, *El Nacional*. Es el 6 de abril de 1932. El último mes ha estado lleno de viajes, de insinuaciones, de intrigas. El presidente Abelardo Rodríguez lo ha invitado

a Cuyutlán, en compañía de Calles y del general Amaro. Luego se ha seguido con Calles a Guadalajara a la protesta del gobernador. Ha ido a Chapala a la finca de Amaro a seguir hablando con Calles. El llamado *Jefe Máximo* sigue dictando la lección, como cuando era maestro en Guaymas. Ya se están moviendo las fichas para suceder al presidente interino. Muchos piensan en él. El hijo del general Calles ha empezado a convencer a gobernadores en su favor. Otros muchos piensan en Manuel Pérez Treviño o en el propio Amaro. Mejor estarse quieto. Por eso ha ido por dos días a Pátzcuaro, a pensar. Benigno Serrato será designado gobernador y su hermano Dámaso senador en la convención del 17. Todas las fuerzas votarán en esos términos. En el periódico se entera de la noticia y después de desayunar monta en su caballo. Irá a ver a Amalia, a darle la funesta noticia. Su compositor favorito, Guty Cárdenas, el de «Un rayito de sol», con el que han bromeado tanto, ha sido asesinado en una cantina de la Ciudad de México. «Tú deberías ser como ese rayito, Lázaro, y meterte por mi ventana para despertarme, como la aurora», bromeaba seguido Amalia. Se lo tiene que decir personalmente, sabe que le causará mucho pesar. Su joven novia es sentimental. Llega a El Ciprés a mediodía y le tiende el periódico doblado con la noticia encerrada en un círculo rojo. «¡No puede ser! ¿Cómo pasó?», solloza ella. Leen juntos la nota roja firmada por Eduardo Téllez.

* * *

—¿Y usted qué carajo hace aquí, Téllez? —inquirió el policía cuando entró a la cantina ubicada en el número 32 de la avenida Madero. La calle mustia, se diría tímida, mostraba la violenta oscuridad de la noche. No había música, ni voces, ni ruido. La silenciosa soledad de la muerte era lo único que podía sentirse, palpase, esa madrugada.

—Lo mismo que usted, Filiberto, investigo un asesinato.

—¿Y para qué, si mañana de todas formas escribirá *murió misteriosamente*? A usted no le interesa la verdad, solo vender periódicos.

—Mire, Filiberto, yo sé que no le gusta verme en sus casos y menos si llego al lugar antes que usted, pero en esta ocasión puedo ser hasta su informante: fui testigo ocular.

—¿Me va a decir que estaba ya usted acá, en el Salón Bach, cuando ocurrieron los hechos?

—Efectivamente, capi. No le voy a mentir declarando que vi todo, porque estaban en un *pullman* de los reservados y yo en otro. Pero escuché los balazos y me asomé a ver de qué pistola salían.

—Menudo testigo será entonces, Téllez. Ande, vamos adentro.

—Lo sigo, capi. A sus órdenes —bromeó el periodista.

El bar era un infierno. Filiberto García se tocó el sombrero tejano a manera de saludo cuando se acercó el dueño a recibirlo. Gordo, sudoroso, porcino el gachupín. Luego también se presentó el barman, solícito. Se le acercó un policía de placa y le hizo el saludo.

—Me mandaron de la Cuarta Circunscripción a hacer el levantamiento de los hechos, capitán. Todavía llegué a tiempo para desarmar al atacante —pronunció airoso, como si hubiese resuelto el crimen. Un gendarme con vocación de héroe.

—¿Y dónde está el desgraciado? —preguntó García, haciéndose una idea de lo ocurrido. El muerto estaba en el suelo, ahogado en su propio charco de sangre. Una mujer lloraba, con suspiritos entrecortados, cerca del cadáver. La ambulancia de la Cruz Verde había llegado ya pero no le permitieron tocar nada hasta que se hiciera el levantamiento respectivo. Unos camilleros intentaban sacar a otro hombre, herido, en su camilla.

—¿Adónde creen que van? ¿No será ese el homicida? —gritó Filiberto.

El policía de placa negó con la cabeza y luego dijo:

—Descuide, capitán. Es el hermano y está gravemente herido. El que disparó está allí —señaló con la mano, ufano, casi felino, mientras García miraba al hombre esposado a una de las columnas del local.

Eduardo Téllez, el Güero, apuntaba todo en su libretita, en taquigrafía, desesperadamente veloz, como si no quisiera perderse ningún detalle. «Pinches periodistas metiches, ahora voy a tener que aguantar a Téllez toda la noche. Y luego para colmo quién era el muerto, Agustín Cárdenas Pinelo, el compositor yucateco. La noticia se va a regar como pólvora y hasta el pasquín más rascuache va a sacar raja del tema.» Su jefe, Valente Quintana, lo había mandado con una simple advertencia:

—Este es un caso para resolver en un par de días, García. ¿Me entiende? Enterramos al cantante y a la chingada. Nada de ocho columnas ni de periodistas husmeando en los sótanos de la Policía Reservada o preguntando de más. Ya sabe lo que pienso de esos cagatintas.

«Y ahora Téllez, medio pedo, haciéndose el testigo ocular. Pinche oficio este de policía, mal pagado y peor comido.»

Más le valía encontrar a otros que hubiesen visto lo que sucedió o tendría que apretar tuercas en el sótano de la Policía Reservada y su jefe, Quintana, quería resultados rápidos. Una mujer lloraba, desconsolada, como si las cosas hubieran ocurrido recién. García se le acercó:

—Señorita, discúlpeme la intromisión en medio de su pena —y le extendió su pañuelo para que secase los lagrimones de cocodrilo—, ¿es usted algo de la víctima?

—Su amiga —respondió apenas, sorbiéndose los mocos y extendiendo una mano lánguida al tiempo que se presentaba—: Rosita Madrigal, para servirle a usted.

Filiberto García pensó que todos tenían nombre artístico esa noche.

—¿Amiga o novia?

—¡¿Cómo voy a ser su novia, si está casado con Anita Patrick?! Soy su amiga nada más.

—Pues será muy íntima —se atrevió García.

—Él me invitó a salir esta noche, se sentía tristón —se justificó la mujer.

—¿Él? —preguntó García haciéndose el menso.

—Guty. Estaba en la nevería de la XEW cuando me encontré con Guty y con Eduardo Gálvez, y me dijeron que venían para acá, para tomarse unas copas y cerrar una gira por Yucatán.

—Gálvez Torre es empresario musical —susurró Téllez al oído del policía, como si alguien le hubiese preguntado. Apuntaba aún en su maldita libreta. Rosita Madrigal, que seguía llorando, continuó su relato entre sollozos:

—Guty se sentía medio enfermo, con la presión baja. Por eso nos vinimos para acá, porque dijo que unos coñacs le servirían para reanimarse.

Por supuesto, la mujer no se daba cuenta de la ironía de sus palabras. Menuda reanimación la que consiguió el cantante. Gálvez, que venía del baño, se acercó al grupo y se presentó. García lo amenazó:

—Considérese sospechoso mientras sepamos quién lo mató.

—Ya todos lo sabemos, capitán —dijo el empresario, socarrón—. Fue uno de los hermanos Peláez. Ángel. Allí lo tiene un policía esposado desde hace rato. Usted debería empezar por él y dejar que los demás nos vayamos a descansar.

—De aquí no sale nadie hasta que yo lo permita.

—Nada más nos estábamos divirtiendo —siguió Rosita.

—¿Cómo a qué hora llegaron? —interrumpió Téllez.

—Tempranito, apenas después de las dos.

—Aquí yo soy quien hace las preguntas, Téllez, a ver si deja su reportaje para otro día. Usted también es sospechoso.

—Uy, capitán. No se me sulfure. Ya le dijo el señor Gálvez Torre quién disparó. Parece que su caso está resuelto de antemano.

El barman, Pepe del Valle, terció:

—Sí, capitán. Como que vamos cerrando este problema.

—Lo único cerrado será su cantina, Del Valle. ¿O me los llevo a todos a la comandancia para interrogarlos?, ¿qué prefieren? —Se quedaron en silencio.— ¿Quién quiere seguir, usted o la señorita?

Rosita Madrigal, por fin más tranquila, relató las horas siguientes en el Salón Bach:

—Eduardo bromeaba con Guty diciéndole que estaba crudo, que no era la presión. Pero, total, que sí se veía con mucha murria y nomás llegamos acá se tomó dos coñacs de golpe y luego llegó Arturo Larios con su guitarra, y se vino al reservado con los tres. Comimos sándwiches y Guty empezó a ponerse pesado, por las muchas copas, ¿me entiende?

—No fueron tantas, Rosita. Es que así se ponía siempre que andaba enmuinado o triste —interrumpió el empresario—, además luego se nos acercó Murillo a hacer sus trucos.

—Vayamos por partes —dijo García—, ¿quiénes son y dónde están el tal Murillo y el otro, Larios?

El barman los señaló. Estaban sentados al fondo, medio pedos. García le ordenó al policía de placa que los interrogara.

—Nomás corrobore datos, no le haga al detective.

Rosita prosiguió:

—A Guty ni le gustaban los trucos de cartas, además quería cantar, sacar su tristeza con la guitarra. Como a las diez llegó el Mallorquín y se vino a nuestra mesa, se reconocieron de inmediato. Hasta se puso a hacer su cante jondo. Guty le aplaudía y como a la tercera canción se vinieron también al reservado otros españoles, atraídos por las notas del Mallorquín, yo creo.

—Ya le dije, capi. Los Peláez. Interrogue al que disparó, porque al hermano ya se lo llevaron al hospital —intervino el barman, de nuevo.

—Deje que la señorita termine su testimonio.

—Le dijeron a Guty que lo admiraban, que eran comerciantes, que tenían una zapatería en la calle de Gante. Andaban ya borrachos, la verdad. Y como que Guty no les caía bien porque se burlaban de él. Arturo Larios le prestó la guitarra y le pidieron que cantara, pero estaba muy borracho y se le barrían las palabras: «No que muy estrella y muy famoso, no puedes ni terminar una canción», lo provocaron. La verdad, todos estaban tomados.

El Mallorquín intervino, a gritos, desde su mesa:

—No es que no pudiera cantar, es que escogió mal la canción. O lo hizo a propósito. ¿Ha oído «La República en España»? Es una loa sobre el fin de la monarquía. Él la escribió. Y los Peláez se molestaron de que Guty se burlara de ellos.

—¿Es cierto eso? —preguntó Filiberto García. Primero nadie le respondió, pero luego Rosita:

—¡Qué sé yo! Cantó dos canciones antes de que se le barrieran la lengua. Esa, que es un corrido, tal vez. Y otra que usted habrá oído en la radio: «Rayito de sol».

Filiberto García no escuchaba la radio ni leía periódicos, lo consideraba una pérdida de tiempo, así que no respondió.

—Eso es todo. Ya le dije que le tenían ojeriza a Guty. Igual y andaban buscando pleito desde el principio. Además estaban bien tomados.

—Tan tomados que empezaron a retarse a jugar vencidas de dedos, hágame el favor, capitán —volvió a interrumpir el empresario—, y ahí fue cuando se armó, porque Guty le ganó y le reclamaba que le pagara la apuesta. Casi abofetea a Peláez, pero lo detuvimos.

—Ya le dije que permita primero que la señorita nos relate lo ocurrido. Luego sigo con usted.

—Es verdad, capitán. Ahí salió la pistola. Ángel Peláez traía una grande y amenazó de muerte a Guty. Ay, no puedo más —gritó y volvió a llorar. No le salían lágrimas, pero gritaba y se sacudía en pequeños espasmos.

—Una Browning, nada más. Menuda arma —dijo el empresario—. Ojalá allí hubiera terminado todo. El Mallorquín se llevó a los Peláez a la barra y se disculpó con Guty, pero de nada sirvió porque al rato Guty hizo como que iba al sanitario pero se fue a mentarle la madre a los hermanos y los retó a otras vencidas.

—Todos en este lugar son responsables —dijo García—, por no parar una tonta pelea de borrachos a tiempo. Si ya habían visto la pistola de Peláez.

—¡Qué íbamos a saber que Guty venía armado! —agregó Rosita—. Cuando el hermano, José Peláez, se puso loco y le estrelló una botella en la cara, él sacó su pistola y disparó.

—¿Dónde está esa pistola? —preguntó García al policía de la delegación, que ya había intentado interrogar a los otros borrachos.

—La hemos buscado por todos lados, pero no aparece.

—¿Me van a decir que desapareció por arte de magia? Nos vamos a madrugar aquí, entonces, porque ya lo dije: nadie se va hasta que conozcamos los hechos.

Unos hombres de la Cruz Verde se llevaban el cuerpo del cantante después de que el médico forense diera el permiso. El doctor se acercó a Filiberto:

—Véngase mañana como a las doce y le daré los resultados de la autopsia.

—Mi jefe quiere que esto se resuelva pronto, doctor —le dijo bajito—, así que se apura con su informe y me lo tiene, digamos que, como a las seis de la mañana. Nadie va a dormir hoy, ¿está claro?

De mala gana el médico asintió y le extendió la mano en señal de despedida.

—Así que tenemos un muerto, otro medio muerto y solo una pistola. Como que aquí se me amanecen —volvió a amenazarlos.

—Dos balazos. Esos fueron los primeros que escuchamos —dijo

entonces Téllez—. Me asomé desde mi reservado y luego le dije a Estelita que se escondiera debajo de la mesa.

—¿Estelita? Me quiere marear, Téllez; y ¿quién viene a ser Estelita?

Una mujer delgada y hermosa se acercó. Ojazos. Cinturita. «Pinche Téllez, se la tenía muy escondida.» La jovencita lo saludó, asustada.

—¿Usted vio algo? —preguntó y la muchacha negó con un movimiento de cabeza.

—¿No le dije que le pedí que se escondiera, capitán? —la defendió Téllez.

—Aquí parece que nadie quiere decir lo que vio.

Entonces Del Valle se justificó:

—Yo también me escondí. Eso es lo primero que se aprende en una cantina: cuando suenan los balazos, una bala perdida puede ser la peor de tus suertes. Debiera entender, capitán García.

—Entiendo que o todos se hacen güeyes y por eso se volvió perdida la pistola de Cárdenas, o me están contando lo que se les antoja. Rosita, ¿usted vio algo más?

—No. Como dice Eduardo, él fue el único que se levantó del *pullman*, preocupado por Guty, porque lo vio muy tomado.

—Oímos a José Peláez gritar «¡Que me ha matao! ¡Que me ha matao!» —dijo el empresario— y los nuevos balazos, y ya solo vi el cuerpo de Guty en el suelo.

—Ocho tiros, capitán. Por lo menos ocho tiros —terció entonces el barman.

A la mañana siguiente el doctor diría que solo cuatro. Al menos fueron los que hirieron al famoso trovador del Mayab, pinches cantantes borrachos. Una bala le perforó el corazón, otra entró en la *apófisis mastoidea derecha*, otra más le chingó para siempre la espina dorsal, que a esas alturas ya ni importaba, y la última en el tórax, a nivel del *décimo espacio intercostal derecho*. En la línea media, escribiría el doctor en su informe. Pinche español cabrón: cuatro tiros a sangre fría. Y otro de los ocho tiros, que el barman aseguraba se habían disparado, había rozado al famoso Mallorquín que seguía pedo y medio herido del brazo, aunque alcanzaron a saber que se llamaba Jaime Carbonell Ferra y que vivía en el número 7 de la calle

Mesones. Le habían hecho un torniquete medio maletón arriba de la herida y uno de los camilleros le había colocado unas gasas.

Rosita le dijo entonces a Téllez, quien apuntó en su libreta de inmediato:

—Eran las once de la noche. Las once treinta y nueve cuando mataron a Guty Cárdenas.

El policía de la Cuarta Circunscripción, de placa 840 y que al fin reveló su nombre a García, José Tapia Morales, y dos de sus compañeros, informaron que en ningún lugar se hallaba la pistola de Guty Cárdenas y que habían también revisado a todos los allí reunidos, hasta las bolsas de las señoritas:

—Se perdió, como dice usted, como por arte de magia.

Filiberto García preguntó otras cosas por aquí y por allá mientras unos meseros, por instrucciones de Del Valle, servían café en las mesas. Luego ordenó que se llevaran a Peláez a la comandancia para interrogarlo en privado y pidió un teléfono. Marcó a Valente Quintana y le refirió a grandes rasgos lo ocurrido. Tenemos un culpable, tenemos un móvil del homicidio. Tenemos un arma, alcanzó a decirle.

Una sola arma, pensó en sus adentros. Esperemos que no se nos muera el otro español, para que podamos cerrar el caso. De lo contrario, va a ser un lío del carajo.

Nunca había oído una canción de Guty Cárdenas. Para él, era como cualquier otro pleito idiota de borrachos. La gente se mata por pura pendejada, pensó. En su mesa Téllez consolaba a la tal Estelita.

—¿Y de dónde sacó a su novia, si puede saberse?

—Más respeto, capitán, mire que trabaja en el despacho del general Calles.

—No me diga, Téllez.

—Sí le digo, es la asistente de Cholita González. Quién quita y un día a usted también le sirve que uno de sus amigos tenga donde tocar la puerta.

—Uy, mi Güero. A mí ni así me las abren. Solo me llaman para que les quite de en medio a alguien que les estorba. Soy como el camión de la basura, nada más que menos ruidoso.

—Bueno, ya sabe. De todas formas en mí tiene un amigo.

—¿De qué le sirvieron a Guty Cárdenas sus dizque amigos! Mejor ahí la dejamos, Téllez. Y ya se puede llevar a su amiguita a descansar —condescendió finalmente—, pero pásame a ver por la tarde para intercambiar historias. Le voy a pedir que no publique nada. Ya se lo había dicho, ¿no?

—No me puede pedir eso, capitán. Los dos servimos al mismo amo.

—¿Y cuál es, Téllez? Porque yo trabajo para el gobierno y usted, que yo sepa, tiene otros dueños.

—La verdad, Filiberto. Los dos trabajamos para saber la verdad.

—Ah, qué pendejo es usted, mi Güero —repuso riéndose entonces Filiberto García—. La verdad no existe. Se la llevan guardada para siempre los muertos.

El Güero Téllez sintió entonces cómo le rozaba la piel la pistola niquelada de Guty Cárdenas y rio por dentro. «A veces también se la llevan guardada los vivos, capitán.» Su crónica, aparecida unos días más tarde, cuando Filiberto García le dijo que ya podía publicarla, omitió ese pequeño detalle. Y por eso Guty Cárdenas nunca disparó un arma esa noche. Un borracho le estrelló una botella en la cara y después otro *beodo* —como escribió Téllez—, hermano del primero, le vació los tiros de su Browning. El informe de Filiberto García mencionó, también, solamente una pistola. Esa misma: matrícula 4027.

Aunque el barman José del Valle asegurara que disparó ocho tiros nada más se encontraron cinco casquillos. En el informe policiaco, solo se menciona que en los bolsillos de Guty Cárdenas había un afinador para guitarra, un reloj extraplano Movado, un anillo grabado con el escudo yucateco y su apodo, dos billetes de cincuenta pesos, una cartera de piel fina, dos papeles de apuntes con versos o canciones, una caja de pastillas para la garganta y un telegrama. No refiere un sobre de la Secretaría Particular de la Presidencia, porque ese también lo tomó Téllez y se lo dio a Estelita para que lo discutiera con su jefa, no fuera a ser. En este país la justicia no es ciega, sí que ve, pero cuando quiere se hace de la vista gorda.

Quintana tuvo su caso cerrado y la familia pudo velar al cantante el 6 de abril y enterrarlo al día siguiente en el Panteón Francés. El juez, José Joaquín César, encontró culpable a Ángel Peláez Villa.

Afuera del número 32 de la calle Madero parecía no haber ocurrido nada. Estelita y el Güero Téllez caminaron hasta el coche, un viejo Packard. Dos patrullas se llevaban al Mallorquín y a Larios por un lado, y a Rosita Madrigal y al empresario Eduardo Gálvez Torre a declarar. Filiberto García miró la cintura delgada de Estelita abrazada por Téllez. «Pinche Güero, qué suerte tienen los feos.»

No había estrellas, solo un cielo negro, enlutado, como una escenografía, también falsa.